

*¿POR QUÉ MUERE EL TORO?  
Examen de la teoría pitt-riversiana<sup>1</sup>*

Francis Wolff  
Universidad de París



Por qué se matan los toros? ¿Por qué, en la tauromaquia española —o andaluza, si se prefiere— muere el toro? Julian Pitt-Rivers es quien, recientemente, más y mejor ha trabajado para elaborar una respuesta modélica a esta difícil pregunta. Se trata de la que podríamos llamar explicación *sacrificialista*. Como es sabido, el sacrificio del animal constituye uno de los actos esenciales del culto en numerosas religiones y la corrida consistiría en la realización colectiva de un rito profano cuya finalidad sería el sacrificio del toro. Esta interpretación se encuentra ya en otros destacados autores como, por ejemplo, en el escritor francés Michel Leiris<sup>2</sup>. En la que nos propone Julian Pitt-Rivers<sup>3</sup> el sacrificio del toro tiene un sentido preciso: «A través de la representación de un intercambio de sexo entre el torero y el toro y la inmola- ción de éste último, que transmite su potencia generadora a

<sup>1</sup> Traduc: Jean-Christophe García-Baquero Lavezzi.

<sup>2</sup> Ver, sobre todo, Leiris, Michel: *Miroir de la tauromachie*. París, 1938.

<sup>3</sup> Pitt-Rivers, Julian (1938): "Le sacrifice du taureau" en *Le temps de la réflexion*, 4, 1983, págs. 281-297.

su vencedor, se produce una transferencia entre la Humanidad y la Naturaleza: los hombres sacrifican al toro y reciben a cambio la potencia que éste posee» (1983: 291). Es por ello que el matador (Pitt-Rivers sostiene que la palabra viene del latín *mactare* que originariamente significaba *immolar*) se despoja, progresivamente, a lo largo de la lidia, de sus símbolos femeninos para adquirir los atributos de la virilidad (en particular, la espada del sacrificio) en tanto que el toro se despoja, progresivamente, de su virilidad salvaje, la del monstruo todopoderoso.

Esta es la tesis que nos proponemos examinar aquí. El mejor homenaje que se puede rendir a un pensador no consiste en escribir sobre él, sino con él. Y el mejor testimonio del valor de un pensamiento es que nos permite seguir pensando tras él y, por tanto con él, hasta obligarnos a pensar contra él. Prosigamos, pues, hasta el final, si es posible, la defensa de la tesis de Pitt-Rivers al objeto de comprobar sus límites. Habría dos formas de verificar el valor de su teoría: una genealógica (¿la corrida de muerte deriva remotamente de un rito de sacrificio?) y otra sistemática (¿la muerte del toro tendría, según el reglamento y las formas actuales del festejo, un sentido sacrificial?). Dejemos de lado la cuestión histórica e intentemos un análisis sistemático, buscando en la organización del espectáculo moderno los indicios de un ritual que hace del toro un animal sacrificado. Se pueden encontrar tres: uno referente a la configuración de la corrida, otro que tiene que ver con el significado del animal sacrificado y un tercero que atañe al sentido de la relación hombre-animal.

Para que se pueda hablar de *sacrificio* es necesario por una parte que exista la práctica de un ritual y, por otra, que

su finalidad sea la inmolación pública de un animal. Ahora bien, de todos los espectáculos modernos la corrida es, sin duda, el más obsesivamente ritualizado, constituyendo el paseíllo su arquetipo. Éste comienza de manera inmutable a la hora fijada y obedece a prescripciones intangibles de un orden regulado hasta el más mínimo detalle. Otro tanto sucede con la representación que anuncia la llave del toril, los capotes que se despliegan, los saludos, el automatismo de los gestos, las posiciones prefijadas, el brindis, la maquinaria obsesiva de los signos, los clarines, los pañuelos, el vaso de plata, las manos que se frotan y todo esto *ad libitum*. Existe también una ordenación del decoro (lo que se hace, lo que no se hace), un orden de prelaciones (quién va delante y quién detrás, quién antes y quién después, quién a la derecha, en el centro o a la izquierda, quién en la barrera), un orden jerárquico (en la cuadrilla), un orden de antigüedad entre los toreros (alternativa) y los toros (presentación en Madrid), etc. Existe un orden espacial, de modo que toda porción de espacio tiene un sentido reconocible: espacio concéntrico de la contemplación, espacio central de la acción; sol y sombra, toril y presidencia, terrenos del toro y del torero, el centro peligroso, el burladero protector, etc. El tiempo también está normalizado: el orden de los seis toros, de los tres matadores, de los tres tercios de cada faena, de las tres etapas en la vida pública del toro, de los tres *avisos*. Debido a la frenética manía por el ceremonial, las reglas y las formas la corrida es, incontestablemente, un rito, y lo que entronca este rito con el sacrificio es que su finalidad, indefectiblemente, no es otra que la muerte al animal. Por más que el combate sea incierto y el comportamiento del animal imprevisible, el

final está previsto, la muerte es segura<sup>4</sup>. En la corrida, el hombre muere excepcional y accidentalmente, pero el animal muere siempre y necesariamente. Y debe morir según las formas requeridas, pasando por los tres tercios de la lidia y los tres estados (*levantando, parado, aplomado*) de su ineludible descenso hacia la muerte, que es como su gradual ascenso al sacrificio. Esta necesidad de muerte es, justamente, la que distingue a la corrida de otras “diversiones” humanas donde los animales mueren, como la caza, por ejemplo. La caza, cuando no responde a una exigencia alimenticia, consiste en un deporte o un juego, no en un sacrificio, porque, incluso en sus formas más ritualizadas, como en el caso de la montería, se esfuerza en dejar al animal algunas posibilidades de huir, evitar o esquivar la muerte en un espacio más o menos abierto y durante un tiempo que no está fijado *a priori*. La corrida no es ni un deporte ni un juego porque el final está determinado y el ruedo cercado, como lo está también el tiempo, que fija *a priori* la duración de la vida y el momento de la muerte. Es necesario que el toro muera. Está destinado a la inmolación. Todo anuncio de corrida asegura una sola verdad: habrá corrida de *muerte*.

La segunda condición para que, en verdad, se pueda hablar de sacrificio es el valor insigne que debe tener el toro inmolado. Se pueden matar animales por muy diversas circunstancias, podemos deshacernos de una fiera dañina o eli-

---

<sup>4</sup> Cualquiera que sea el sentido que se le atribuya, la muerte del toro es el fundamento mismo de la corrida española. Desde este punto de vista y cualesquiera que sean sus justificaciones genéticas, la propagación proliferante del indulto, en el momento actual, parece entrar en contradicción con la esencia misma de la corrida.

minar una bestia despreciable, siendo ese valor negativo el que justifica su muerte. Podemos también abatir a un animal por necesidad vital o económica, constituyendo entonces el valor positivo de su cadáver (su carne, su piel, su sangre, sus defensas, etc.) el justificante de su muerte. En todo caso no es a la muerte del animal en sí misma a la que se premia sino a la *no-vida*, a su inexistencia. Ahora bien, en el sacrificio lo importante no es que un animal deje de vivir, sino que se le mate. Y lo que da sentido a esa muerte es la condición misma de *vivo* que tiene el animal. No es que su vida no valga nada o que sólo valga muerto por lo que hay que eliminarlo, sino que es, precisamente, porque su vida vale, ya que es superior la condición de vivo que tiene o que representa. Según esto, el acto ritual de la muerte adquiere un sentido. ¿Cómo no reconocer en esta exigencia simbólica el valor que se le otorga al toro en los discursos y prácticas de la corrida? Sabemos hasta qué punto los discursos tauromáquicos dignifican al toro hasta elevarlo a la categoría de “dios que combate”, según el título de la obra de Marie Mauron<sup>5</sup>. Sabemos también que la vida del toro de lidia debe preservarse de cualquier manipulación o enfrentamiento con el hombre y de todo contacto con alguna hembra<sup>6</sup>. El animal debe mantenerse *limpio*. Él está preparado, dispuesto, purificado para la ceremonia final de su muerte pública. Existen

---

<sup>5</sup> Vid. Mauron, Marie(1949): *Le taureau, ce dieu qui combat*. París.

<sup>6</sup> Ya he desarrollado este tema en mi artículo “Qui est le taureau? Les représentations de l’animal dans les discours et les pratiques tauromachiques contemporaines”, en A. Molinié-Bertrand, J-P. Duviols, A. Guillaume-Alonso: *Des taureaux et des hommes. Tauromachie et société dans le monde ibérique et ibéro-américain*. Presses de l’Université de Paris-Sorbonne, Paris, (1999).

razones técnicas para ello pero que también adquieren significación simbólica. Su consagración a la muerte es lo que hace que el toro deba permanecer *casto y puro* hasta la hora de esa muerte, protegido en su naturaleza inviolable (son siempre las criaturas vírgenes las consagradas al sacrificio). Y esta vida vacía, enteramente dedicada a su fin, sólo puede consumarse en el clímax llamado justamente la hora de la verdad, que es para todo el mundo un momento de deferencia y de recogimiento. El silencio reina cuando el torero monta la espada. Incluso los públicos más festivos, los que van a la plaza para divertirse y no para comulgar, sienten, en el momento de la estocada, que la corrida es en el fondo una ceremonia trágica, que la muerte del animal no es sólo el fin inevitable de la gesta taurómaca sino su verdadera razón de ser. Es el nudo que encierra su significado y el punto que concentra toda su emoción. Esta deferencia por el animal, que culmina en el instante de su muerte, se prolonga en el respeto a su cuerpo inerte, pudiéndose palpar incluso en los aplausos que acompañan su salida y que parecen dirigirse al fantasma del toro muerto o al espíritu que ha dejado entre nosotros o a nuestro alrededor.

Para que haya sacrificio todavía es necesaria una tercera condición. No es suficiente que haya una muerte pública y ritualizada de un animal, no basta que esta muerte deba su valor al atribuido al ser sacrificado; es necesario, además, como recordaba Pitt-Rivers, que el acto sacrificial sea concebido como el que permita de alguna manera la transmisión de este valor del animal al hombre. Pitt-Rivers concebía esta transferencia como un intercambio de sexo y un rapto de potencia. Sin negar estas connotaciones podemos captar en

el acto tauromáquico otro intercambio entre toro y hombre: el de la bravura, que es la suprema cualidad del toro en la corrida moderna. Como creo que he podido demostrar<sup>7</sup>, la bravura es una cualidad ambigua, ni propiamente salvaje ni verdaderamente doméstica o, mejor dicho, seminatural, semihumana, una mezcla equívoca de la agresividad brutal de la fiera y del valor lúcido del hombre. Así, todo ocurre como si, entre su entrada y salida, la bravura del toro hubiese pasado de un estado a otro: la bravura salvaje, natural y desordenada, se ha hecho inteligente, se ha culturizado, atemperado, moderado, se ha vuelto débil y temible como la astucia, sinuosa como el artificio, a medida que la bestia, por así decirlo, se ha humanizado. Y es en ese momento cuando debe morir. Como es sabido, el toro muere en el momento en que su estado físico y, sobre todo, moral, *exige* la muerte, es decir, en el momento en que, comprendiendo lo que pasa, amenaza con saberlo todo (*incluso griego y latín*), lo que lo volvería demasiado peligroso. Este último límite fijado a la vida del toro responde a exigencias técnicas pero tiene también, sin duda, una dimensión simbólica. Al igual que el hombre debe ser condenado a muerte en muchos mitos cuando se acerca, por *hybris*, al saber reservado al dios —en una transgresión fatal para la preservación de la divinidad—, el animal debe asimismo morir cuando accede al saber humano —en una transgresión fatal para la naturaleza del hombre. Sabe demasiado, ha abandonado su naturaleza bruta para acercarse a la humana, la Naturaleza en él se ha hecho Cultura y por ello debe morir. Paralelamente, en el hombre,

---

<sup>7</sup> Art. cit. nota precedente.

la Cultura se ha vuelto a convertir en Naturaleza y, por ello, mata. Y es en este gesto, a la vez extremadamente violento y supremamente humano (por estar regulado), que es la estocada cuando el hombre puede, de alguna manera, hacerse con la bravura del toro para hacerla suya –en un rapto del poder detentado por la víctima, que es en lo que consiste todo sacrificio ritual.

Tenemos, pues, tres indicios fuertes de la veracidad de esta tesis *sacrificialista*. El orden tauromáquico aparece como un rito encaminado a la muerte. El toro debe morir porque es un ser vivo superior y adorado. El hombre lo mata para apoderarse de su excelencia en un intercambio simbólico de sus respectivas naturalezas. Estos son los tres pilares del sacrificio taurino. Igual que Pitt-Rivers, aunque por vías un poco diferentes, encontramos pues, en la corrida, el mismo sentido que él le había dado.

Sin embargo esta explicación, por convincente que parezca, no puede gozar de una adhesión completa, quizás por no contemplar un aspecto constitutivo de la corrida de muerte, de su sentido, de sus valores, de su ordenación: el combate. La corrida no puede ser solamente un ritual sacrificial porque es también –esencialmente– una lucha entre el hombre y el toro. Ahora bien, nada hay más contrario a la idea de sacrificio que la idea de combate. Cuando un animal es inmolado, es ante todo víctima: puede morir ofreciendo resistencia pero no combatiendo. Cuando un sacrificador oficia de manera ritualizada puede ser valeroso pero, ante todo, es un verdugo. El que arriesgue su vida es accidental, no consustancial a su función: puede ocurrir matando mal, pero no combatiendo bien. Si es *sacerdote* no es *soldado*. Y



Fig. n.º 13.- Julian Pitt-Rivers con su íntimo amigo Julio Caro Baroja (Fot. de autor desconocido, Archivo Pitt-Rivers, Maison René Ginouvès, Universidad de Nanterre, París).

si no hay sacrificio sin un público el papel de éste no es el de admirar la gesta de los combatientes (toro o torero) o glorificar el valor, la inteligencia, abnegación o elegancia del hombre, sino el de comulgar en silencio. En suma, la muerte del toro no se puede reducir a un sacrificio, porque ésta sigue a un combate que le da su sentido, ya que el público espera del torero (y de manera simétrica del toro) las virtudes de los combatientes y porque los valores que éstos encarnan son heroicos y no místicos.

Señalemos, en efecto, que los tres indicios indicados con anterioridad y que hacen de la corrida un ritual sacrificial son extraños a esta dimensión *agonista* de la corrida. En primer lugar, la ceremonia, que concierne, esencialmente, a lo que es exterior al combate, como el decoro, la etiqueta o la puesta en escena. Lo que está ritualizado es todo lo que se relaciona con la Necesidad y no lo que le escapa por definición, como el comportamiento ofensivo o las reacciones defensivas del animal, el juego de señuelo y esquivo del hombre, las facetas inesperadas de su antagonismo. Por otra parte, es necesario que el ritual sea exterior a la esencia de la corrida. La función de todo ritual (el del trapeceista, el del neurótico obsesivo o el de toda religión constituida) es conjurar la muerte familiarizándose con lo imprevisible, trayendo lo desconocido a lo conocido y la diferencia a la repetición. Es, justamente, porque la corrida es un combate a muerte en el que el hombre asume a sabiendas el peligro para sí mismo y donde el riesgo absoluto merodea siempre, por lo que todo lo que rodea a este combate debe estar determinado, normalizado por reglas fijas, protegido por usos repetidos, maquinales, tranquilizadores. Y precisamente porque el centro focal de la

corrida es muestra de lo imprevisible es por lo que un fuerte tejido de necesidades exteriores lo protege.

Otro tanto ocurre con el segundo y tercer argumento en favor de la teoría *sacrificialista*. Ciertamente, es en razón de su dignidad y no de su indignidad por lo que el toro muere. Pero su dignidad no la debe a una virtud inmanente, intrínseca o *a priori* de la que la ceremonia tendría como función despojarlo (como en un sacrificio). Su valor se lo debe a su naturaleza combatiente que sólo existe en y a través de la lidia teniendo por función la corrida, justamente, descubrirla. El toro puede ser un dios, pero un dios que combate. La corrida no es sólo el *rapto* de un poder porque antes que eso es la ocasión, la razón de ser y el testimonio clamoroso de ese poder: la bravura.

La explicación sacrificial no es falsa pero sí parcial. Ignora, deliberadamente, un aspecto esencial del acto taurino: el hecho de que se trata, justamente, de tauromaquia. ¿Existe entonces y en oposición a la interpretación *sacrificialista* una respuesta a la pregunta ¿por qué se matan los toros? que tenga en cuenta el hecho de que el toro no puede ser —solamente— un animal sacrificado sino, también —y en primer lugar?—, un animal que lucha?

Claro que sí. En oposición a esta interpretación *sacrificial* es posible defender una explicación que se apoya, precisamente, en la corrida-combate: llamémosla interpretación *agonista*. El matador no es un sacrificador sino un beluario que no mata asumiendo los valores sagrados del sacerdote sino los profanos del héroe. El toro no es el animal que se inmola sino el antagonista absoluto ante el cual medirse. ¿Por qué matarlo? No porque encarne este

poder casi inviolable que el hombre le arrebatara con la muerte, sino porque es el adversario casi invencible que un hombre consigue vencer hasta la muerte. El matador no dignifica al animal matándolo sino que se engrandece a sí mismo. Ha vencido su poder, el Poder, especie de poder absoluto. ¿Qué es, entonces, la corrida de muerte? No es una misa sino el recinto cercado de desafíos y hazaña —lejanamente heredados de los torneos caballerescos, emparentados con la caza de montería—. ¿Qué es la estocada? No es un acto ritual sino la demostración aristocrática de una superioridad heroica o guerrera contra un animal salvaje. Es la *proeza* suprema, en el sentido que este término tenía en la ética caballeresca, a través de la cual se afirma la fuerza soberana del Hombre y el triunfo supremo del valeroso solitario.

Aquí, incluso el que rechazara aceptar esta interpretación en toda su radicalidad deberá admitir que muchos elementos de la corrida la sostienen. Yo veo, al menos, tres nuevos indicios.

La corrida (¿hay que recordarlo?) es el combate reglado entre un hombre y un animal o, dicho de otra forma, la representación de la lucha entre dos modos de vida, el poder sereno de la inteligencia —la astucia, fuerza de los débiles desde David y Goliat— contra el poder de la fuerza bruta —el instinto y la memoria—. Es pues, en primer lugar, una especie de demostración brillante de poder supremo frente al mundo. Un hombre —un héroe, una especie de semidios— se proclama capaz de una proeza singular para ganar la admiración de todos y alcanzar, así, la gloria: poner su vida en peligro frente a una bestia y llegar a matarla. Para el público la corrida es

como una proeza. Pero, desde el punto de vista del animal, es como un desafío («tú que eres tan fuerte, ¡mátame si puedes!... y puesto que no puedes, seré yo quien te mate»). Este es el significado profundo de la muerte del toro, inseparable del combate que lo precede. Este se ciñe, progresivamente, al tercer tercio en el que un hombre solo que ha prescindido, gradualmente, de sus ayudantes, de sus armas y de sus movimientos entrega su inmovilidad a los vanos asaltos de una fuerza móvil. La muerte del toro no es, pues, más que el último gesto del último acto del drama. Es su fin y su razón de ser. La corrida culmina en un duelo que, asimismo, culmina en el cara a cara de la estocada. Para que el duelo tenga un sentido hace falta al mismo tiempo —paradójicamente pero sin contradicción— que el combate sea leal y su desenlace conocido de antemano. La ética del combate se opone a su moral. La primera exige equidad: aceptar el cara a cara, no hacer trampas, respetar al adversario, no menoscabar artificialmente sus fuerzas o sus armas. La moral exige la desigualdad: el hombre triunfa y el animal muere.

Es testimonio de este sentido caballeresco de la muerte del toro la manera en que los públicos (*todos* los públicos) perciben confusamente la importancia de este gesto como la prolongación natural del combate que lo precede, no pidiendo generalmente la oreja para el buen torero pero mediocre matador y recompensando, a veces, una gran estocada que sigue a una faena sosa. Cada uno siente perfectamente que la estocada puede expresar, por sí misma, la dominación total sobre el toro, lo que la faena también quería significar o que el verdadero sentido y toda la belleza del combate pueden concentrarse en su conclusión.

Tenemos otro indicio de este sentido profundo de la muerte del toro que es el modo de ejecución de la estocada: *en corto y por derecho*. Lejos de ser el gesto simbólico del sacrificador, la estocada es el acto supremo del triunfo del héroe. Suerte suprema lo es en todos los sentidos del término. En primer lugar porque corona el trabajo de dominación que ha preparado y significa, de manera absoluta, lo que esta labor no significaba más que a medias: sólo la muerte es, en efecto, dominación absoluta. En segundo lugar porque no puede ser ejecutada de manera completamente leal más que si el animal está ya vencido: *cuadrado* como es necesario y siguiendo el engaño. Finalmente suerte suprema porque expresa, de manera inmejorable, el sentido y los valores del combate. Reclama todas las virtudes cardinales del heroísmo del hombre: el valor seco del compromiso con uno mismo, la resolución firme del gesto técnico, la franqueza y la lealtad en el cara a cara, mezclas de manera hábil con la astucia.

¿Es necesario tomar esta segunda forma de ver la muerte del toro como la interpretación verdadera? No, ya que se podría demostrar que adolece de los mismos defectos que la precedente o, más bien, de insuficiencias simétricas. Un ritual así hipertrofiado debe tener un significado simbólico y no sólo funcional. La muerte del toro no se puede reducir a su derrota en el combate ya que debe morir de todas formas, sea cual sea la mediocridad de su adversario. ¿Y qué decir del temor y del respeto de los que el toro está rodeado, del recogimiento en el momento de su muerte? Hay, pues, algún fondo de verdad en la tesis *sacrificialista*...

Podríamos sugerir entonces que estas dos interpretaciones de la muerte del toro constituyen dos visiones com-

plementarias. El Toro en general, el Animal en tanto que tipo, es la víctima de la corrida, pero todo toro, cada único toro, lucha heroicamente por su vida hasta su muerte. El Hombre en general es el gran sacrificador, pero todo torero, cada torero, es un héroe singular. La corrida sigue siempre el mismo ritual, dice siempre la misma cosa, el mismo poder del Hombre, el mismo sacrificio del animal —éste es su sentido y su valor. Pero cada combate es único: ahí reside también su valor y su sentido. La corrida se juega en dos escenarios y dos temporalidades. Globalmente el espectáculo es cíclico: una vez muerto el toro la misma vida continúa en el siguiente toro, siendo él la misma y eterna víctima. El Hombre es siempre el mismo, como el Animal, como el ritual. Pero en cada combate todo vuelve a empezar, todo es nuevo, diferente y singular siguiendo una temporalidad lineal, como la de toda vida singular, como el orden irreversible de toda gesta heroica.

Toro-víctima o toro-luchador, tras estos dos conceptos hay dos maneras de ver el toro: el Otro absoluto del Hombre o el eterno Igual. Corrida-sacrificio o corrida-combate son dos concepciones eternamente opuestas: de un lado, el gran ritual de la comunión pagana y, de otro, el gran espectáculo de la *fiesta brava*. O si se prefiere, la tragedia mística de un lado y la epopeya triunfadora del otro. Es decir, en el fondo: Belmonte o *Joselito*. O, si se prefiere, José Tomás o el *Juli*...